

Los puntos suspensivos

Rafael Belmonte Agüera

Una actriz se indispone y no puede salir al escenario. Casi a la fuerza, empujan a una amiga de la asistente de dirección, que poco menos pasaba por allí, para que la sustituya.

ESCENARIO:

El decorado, el que sea, está arrinconado, amontonado y abandonado como si ninguna acción fuera a desarrollarse en él. Frente a él, se desarrolla la pieza.

PERSONAJES:

LOPE, una mujer.

LOPE sale al escenario empujada por alguien que también le arroja inmediatamente unos cuantos papeles a los pies. Ese alguien le grita flojamente desde cajas, pero se distingue perfectamente: una voz de mujer.

VOZ DE MUJER: ¡Habla! ¡Habla! ¡A qué esperas! Empieza a hablar. Vamos, ya estás fuera. ¡Vamos! ¡Venga!

LOPE: Que no me empujes, mujer. ¡Qué prisas! Ya voy. *(Al ver al público)* ¡Ahí va! ¡Si ya estoy aquí! Bueno, pues... ¿De qué voy a hablar? Yo..., yo...

Pausa.

Observa asustada y tímidamente al público.

Hola. Muy buenas. Buenas... Es que... Yo, no... Verán: yo ni soy actriz ni nada. Bueno, lo de “nada” es una forma de hablar. Está claro lo que soy a simple vista: una mujer, por si acaso alguien lo pone en duda. Les cuento: es que esta gente *(baja la voz)*, la gente del teatro es rara, muy rara, ¿saben?, les ha fallado no sé qué demonios de una actriz que debería haber estado aquí, en donde yo estoy ahora, en este escenario. Ella iba a hacer una representación, una obra para ustedes. Pero, no señora. Me ha tenido que tocar a mí. Me pillaron por aquí de casualidad y... ¡Eso es igual! Y... bueno, al principio pues he dicho que no, que yo no iba a salir, más que nada para hacerme de rogar, de valer, claro, qué voy a hacer, ¿a rendirme a la primera de cambio? Buena soy yo. Porque yo no tengo miedo al ridículo ni nada de esas cosas.... eso no. Y las he dejado, gustosa *(cómplice, guiña un ojo)*, que insistan y que insistan... Por ver si les sacaba algo de... parné. Pues hasta eso está en el aire... Me han

explicado que... Ay, si ni siquiera les he dicho mi nombre: *Penélope*. Me llamo Penélope. Un... homenaje del señor *Ruiz*, mi padre, a no sé qué canción de no sé qué cantante... una gracia total. Hasta vergüenza ajena me da pensarlo. Ya ven: marcada para toda la vida, como las ovejas, o las vacas. Siempre llega el gracioso de turno partiéndome el nombre por la mitad... Y ¡hala!, por una gilipollez así, pues todo el mundo a reírse. Casi siempre tíos, los que más se ríen. No podía ser de otra forma. ¡Serán eunucos! ¿Lo habré oído veces yo? Pues todavía está por llegar el momento en que a mí me haga bendita la gracia. (*Medita*) Ni siquiera la primera vez que oí decirlo, recuerdo que fue un primo mío: “el sevillano”..., hace ya de eso un porrón de años. Pero este primo mío ni es de Sevilla ni nada de eso, no se vayan a confundir, no: es que le gustan las sevillanas, no las mujeres, bueno, eso es mucho hablar, yo no quiero ni dudar ni explicar que le gusten o le dejen de gustar las mujeres, lo que le entusiasman son las aceitunas sevillanas, y al hombre se le quedó lo de sevillano por su predilección de las olivas. No, sí, si la cara un poco verde o parda, como de oliva pasada o amarga, ya la tiene, ya. Cosas del pueblo, del vulgo, de las personas, eso de hacerse los graciosos. (*Pausa*) Les decía que me han pedido todas las del teatro..., una de ellas en particular, o ha sido una excusa, que eso ya no lo sé descifrar yo, mira, *Lope*, Lope soy yo, que es el diminutivo de *Penélope* por la cola, *Oriola* -así se llama la actriz-, (*duda, para sí misma*) ¿por qué no voy a poder contarlo?, ¡qué más dará!, Oriola, la que tenía que estar soltando el rollo este de verdad, uno con todas las consecuencias, bueno, pues a Oriola le ha dado un jamacuco, gastroenteritis le llamamos en casi todos sitios, porque está que se va de vareta cada diez minutos, o sea que tú -por mí- al toro, que viene a ser al escenario, que hay que entretener al

personal. No tenemos a otra, no te queda más remedio, si quieres ser, y tanto dices que lo eres, una buena amiga de *Ida*...Y yo les he advertido: ¿cómo?, si yo no sé ni hablar. Con la de cháchara que tú tienes con nosotras, algo sabrás decir ahí fuera, se me han echado encima, lógicamente. Entonces, ha sido cuando yo les he aclarado: hombre, como saber hablar, pues sí, sé hablar, pero de eso a enfrascarme en una protagonista y meterme... así por las buenas, ni por las malas... *(Se corta)* Meterme no tengo que meterme nada, quede claro, quiero decir en mis adentros, en la barriga, o donde sea de por ahí adentro, que yo no quiero insultar a nadie, y menos a mí misma, meterme en eso que llaman un personaje... Bueno, pues me he dejado convencer -más que nada por tener una aventurilla teatral-, por la regidora, yo creo que se llama así, regidora, ese es su cargo, *(vigila a un lado y a otro)* una señora muy empingorotada, así, con un aire de importancia, fular al aire, yendo de un lado a otro como si estuviera muy ocupada todo el rato, una mujer de esas que quitan el hipo *(con intención de que la oiga)*, la que más me ha insistido, que además tiene unas confianzas con la directora..., *(baja el tono de voz)* que cualquiera que las vea, pensará que hay algo más entre ellas que una relación laboral, algo sin importancia, pues porque todas son muy “ellas”, no hay ni un “ellos” o un “él”, ni un hombre, nada, como si no existieran, con lo que a mí me gustan... aunque sea para verlos... únicamente. *(Confidencial)* A la directora la oí hablar con el gerente..., sí, es verdad, hay un hombre, el único con... el único hombre, pero es el gerente de este teatro que no tiene nada que ver con la compañía de “ellas” y le decía un día la directora a él: “pues si no encuentras una limpiadora, así, en femenino -como si los tíos no sirvieran para quitar mierda- restriegas y barres tú, total, para llevar los colgajos arrastrando de un

lado a otro por el suelo..., pero a ese mostrenco no quiero verlo más por aquí”. Y el gerente, un hombre con buena pose, mucha educación y muy echado hacia delante, literalmente, porque va así por el mundo, medio inclinado de pie como si le pesara de más la cabeza, le contestó, pues Luisito -Luisito es el que entonces limpiaba toda la parte del escenario y los camerinos- “entiende” un montón más que tú, si me apuras, hasta está a punto de operarse. En dos días, le dijo al buen tuntún, podrías confundirla con tu propia hermana... Pues ni así tragó la directora, porque le gritó, que eso lo oí yo: zanjemos el asunto y búscate a “una”, nosotras es lo que queremos, se refería con el *nosotras* a ella misma, y a la regidora, que todavía no sé cómo se llama, porque todo el mundo la llama “regi”, a secas, a *Manolita* la técnica, a *Alma*, la de administración, a *Gera*, la chispas, la de las luces, a *Tona*, la sastra, a *Reina*, la... bueno, Reina no sé qué hace, pero siempre está dando la vara por aquí o por allá, a *Bea*, que es la peluquera, que me daba unos tirones de pelo, hace un momento antes de salir, se le nota que no le gusta cómo iba yo peinada y me lo ha demostrado a tirones... que yo creía que me despellejaba, es así un poco brusca ella, bueno, (*vigila a sus lados*) aquí todas son un poco bruscas, bueno, sin exageraciones, sin censuras: muy bruscas, mucho, pero, para mujeres, ellas... Se hacen de propaganda... Buf... Qué de propaganda... Si yo ya dudaba de si me habría metido en una secta de esas con peligrosidad social, pero no, es que se han propuesto salir en el libro *Guinness* o algo por el estilo, porque quieren tener el porcentaje más alto de féminas de todo el mundo mundial. Claro, que por la fuerza..., porque al gerente, que es el único tío que anda por aquí, ya saben, hasta querían disfrazarlo también... vestirlo de mujer, pero no se ha dejado.

Pausa. Pensativa.

Ay, yo no sé si estaré metiendo la pata contando todo esto, ahora que pienso. A mí me han dicho que hable, que hable todo el rato, y mucho, mucho, todo seguido. Pues ya está. Supongo que serán comprensivas conmigo, como estoy largando por llenar la ausencia de *Oriola*... ¡Qué bien me ha quedado esto último de *llenar la ausencia!*, ¿no? No, si al final..., yo... Bueno, o sea, quería proponerles que, como un favor a mí, ustedes aplaudan al final, como si les hubiera gustado un poco, para que lo oigan las de dentro más que nada, o aplaudan más que poco que es mucho, lo dejo a su criterio, sin forzar, estas cosas no hay que forzarlas, aplaudir como oigo yo que hacen cuando una verdadera actriz pues les regala las palabras. ¡Joder, qué bonito hablo!, ¿no? Regalar palabras... Esto tiene que ser cosa del suelo del escenario, que debe emanar efluvios especiales a gogó que me fluyen a mí hacia arriba por las piernas y me embargan el vientre y... Joder, ¡qué cosa esta del teatro!, ¡cuánta magia!, no va a haber quién me baje de aquí, como me ponga yo... en todo lo mío... la maravilla esta del teatro... Y óiganme: si yo no quiero ser ni actriz. Sólo pretendo hacerle un favor a *Dilaida, Ida*, que es mi amiga, la asistente de dirección. Que qué retorcidos que son ¿eh?, en lugar de llamarla directamente camarera, pues la llaman así, *asistente de dirección*, y a cambio le pagan menos que a un conocido mío que está de camarero de verdad en un tenderete en *Mojácar*. ¡Anda que las asistentes estas de dirección no llevan vasos para arriba y para abajo todo el santo día... y no vacíos, con café o... con lo que sea que lleven dentro! Por lo menos aquí, sobre el escenario, mientras se le da al pico, los demás están por tu labor y dejan que una se mueva a su aire... Como ustedes ahora, que si se vieran su cara de aburrimiento... algunos, no todos,

con la de estupideces que estoy diciendo. Ah, pero yo no sé nada, ya me han advertido que tengo que estar aquí sin moverme, sin callarme un buen rato. Pues está claro. Puedo pararme, sí, para simular con alguna pausa..., una pausa de esas, para hacer como que pienso, para darle un poco más de emoción a la cosa... que no sé qué emoción puede tener el escucharme a mí, repito, con las tonterías que digo..., en fin, como la vida misma... Como la vida misma... pero subida aquí, sobre este escenario.

Pausa.

La vida. Mi vida... Eso me ha dicho la regidora, cuando me empujaba, *cuenta tu vida*. Ya verás, se reirán, se reirán mucho y muy fuerte. A este personal no le importa mi vida, le he respondido yo. Pero se hacía la sorda. Y recalcaba, y remachaba: tú cuenta, cuenta. ¿Contar? ¿Pero qué voy a contar yo que ustedes vosotras no conozcan...? ¿A quién le puede importar que a mí me cueste más o menos esfuerzo reunir dinero para poder comer todos los días?, por ejemplo. Pues como a tantos, aunque no lo parezca, “amiga regi”. ¿A quién le va a importar que yo tenga o no tenga algo? Bueno, aunque eso de *tener* habría que hablarlo largo, porque eso sí es muy relativo... Porque esa era la cuestión, ¿no?: “*tener o no tener*”. O... ¿no era así? ¿Y la cuestión era otra? No, no me acuerdo. ¿Por qué yo cómo me voy a acordar? Yo no soy actriz. Señora, le he preguntado yo a la empujadora, ¿a quién le va a importar que yo tenga o no tenga una familia a la cual haya de levantar hacia la vida cada día que pasa?

Silencio.

¿Y para causar risa? ¿Para que se rían fuerte de mí? Si a mí, para más inri, a mí, de toda la vida, me han dado... rechazo, vergüenza ajena, incluso pena,

esas gentes que hablan a gritos, plenas de aspavientos, y que para reírse lo hacen como si tuviera que enterarse todo el auditorio que algo les estaba produciendo gracia... mucha gracia... muchísima gracia, y ahora, ahora quien me da pena soy yo misma, sí, yo, que me gustaría gritar, desenfadada, plena, dichosa y reír como ellas, como esos que antes me daban a mí tanta y cuanta pena... y no... no puedo. No sé qué se me ha trastocado por ahí dentro con la edad, o si es algo que me está fallando, no lo sé. O simplemente, así, como quien no quiere la cosa, yo soy una mujer... triste. Cargada de tristezas, o de puñetas. Eso debe ser, aunque no lo aparente...

Silencio.

¿Qué más quieren? ¿Quieren saber, quieren que les cuente que alguien me abandonó un mal día, seguro que como a algunos de los presentes, sin avisar, sin decir ni pío, porque sí, se ausentó...? ¡Qué coño!: se largó, desapareció, se esfumó y punto final. Y aunque me digo y me repito que eso ya lo superé, ya pasó, que lo curó el tiempo, pues no sé qué... se remueve aquí en las tripas algunos días. ¿A quién le va a interesar mi vida? Si no me interesa ni a mí..., ¡que ya son ovarios!

Quizá lllore o quizá ría...

Me estoy yendo, me estoy yendo... Cuando me ha empujado la bruja al escenario me ha echado unos papelitos, todos estos papelitos, bueno, un buen montón, de los cuales me ha aconsejado consultarlos si se me iba la pinza, son unas cuantas chuletas por si se me olvidaba, bueno, no olvidaba, si no sabía por dónde continuar... y ya ha llegado ese momento. Porque ya no sé por qué camino seguir, no les voy a contar que mi madre era ama de casa y mi padre un militar de los duros del siglo pasado reciclado luego en policía nacional, pero

curado, ¿eh? curado, y ya retirado, y contar que tengo otro primo que tiene alma de dictador... sin arreglo, este no tiene arreglo, porque ¿todo esto a quién le puede interesar? Si tampoco toda esta mierda me interesa a mí. *(Se agacha y coge un papelito)* Pero, ¿y esto qué es? *(Observa)* Puntos. Sólo son puntos. Joder, el que he ido a coger. Pues muy bien. A ver este... ¿También puntos?

Va recogiendo, tirada por el suelo, papelitos.

Hay muchos con puntos. Ya sé: son puntos suspensivos. ¡Todos están escritos con puntos suspensivos! ¿Cómo es posible?, es que no hay nada más, sólo puntos suspensivos... ¡Pero qué pedazo de morro que tienen estas mujeres! ¡Todas las chuletas tienen puntos suspensivos! *(Mira hacia bastidores)* Mala persona... Mala puta... ¿Y con esto quería salvarme, de qué?

Pausa.

Mira los papelillos.

Aunque, bien pensado, no están tan mal... Los puntos suspensivos estos son cómodos y útiles, muy útiles, porque cuando se escriben, el que los lee pues tiene que imaginarse a su capricho lo que va a suceder a continuación... o no va a suceder... Son igualitos que la vida, mantienen el suspense... ¿No?

Porque ¿quién sabe lo que va a pasar dentro de un minuto? Puntos suspensivos. *(Grita repentinamente)* ¡Quién lo sabe! Puntos suspensivos. ¡Quién lo sabe! *(llora con amargura. En un grito desesperado)* ¡Quién lo sabe! Puntos suspensivos.

Larga pausa mientras observa uno por uno, de poder ser, a todos los espectadores.

Yo voy a enmudecer ya y ustedes adivinarán o lo intentarán lo que ha de venir. No hay que revelar nada, hay que callarse, silencio total, sssh..., y cada uno,

por su cuenta y a su propio gusto, pues que imagine... que imagine. A
imaginar... La sorpresa será tan importante, eso que puede nacer después de
una última palabra y unos puntitos... Bien pensados, sí señor. Bueno, sí...,
señoras. Bien pensados...

No pierde de vista a los espectadores.

Sale despacio.